

JORNADAS

60

RÜDIGER SCHOTT

CONSECUENCIAS DE LA EXPANSIÓN
EUROPEA PARA LOS PUEBLOS DE
ULTRAMAR

EL COLEGIO DE MÉXICO

1966

308
J88
no.60
ed.2

EL COLEGIO DE MÉXICO

GUANAJUATO 125

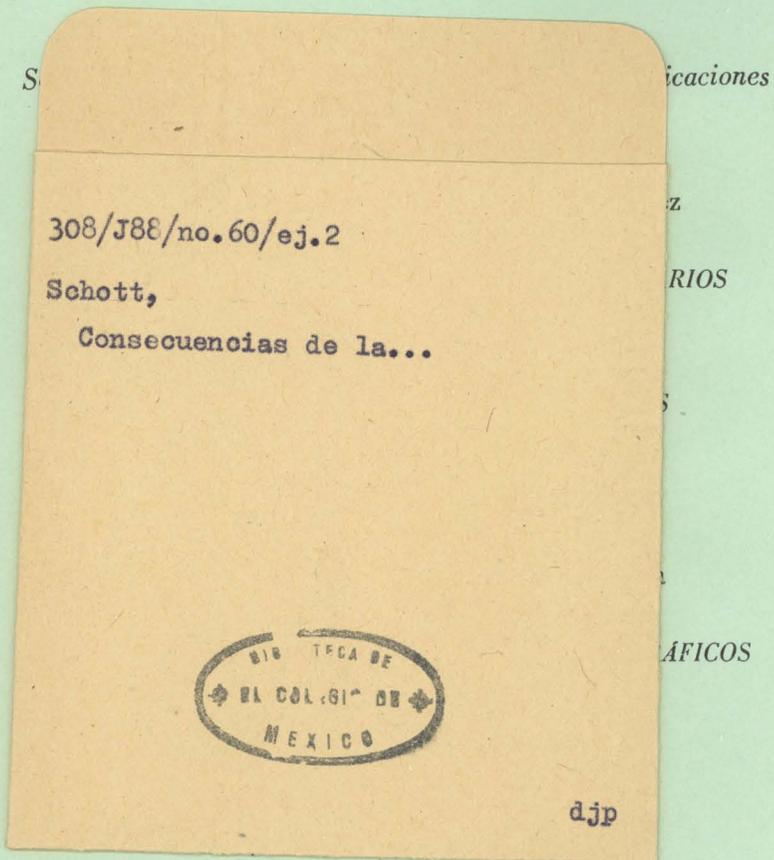
MÉXICO 7, D. F.

Sr. Víctor L. Urquidi

Presidente

Lic. Omar Martínez Legorreta

Secretario de Finanzas y Relaciones Públicas



Director: Sr. Víctor L. Urquidi

EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/no. 60/ej 2



3 905 0014018 M

362/cv
e

13780

Fecha de vencimiento

--

RÜDIGER/SCHOTT

CONSECUENCIAS DE LA EXPANSIÓN
EUROPEA PARA LOS PUEBLOS DE
ULTRAMAR

JORNADAS - 60

EL COLEGIO DE MÉXICO
1966

308
J88
no. 60
ej. 2

Primera edición en español, 1966

Primera edición en alemán: en *Historia mundi*, t. 8,

Francke Verlag, Berlin-München, 1959

TRADUCCIÓN DE MARGIT FRENK ALATORRE

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Derechos reservados conforme a la ley
© por el Colegio de México, 1966

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

GRÁFICA PANAMERICANA, S. DE R. L.
Parroquia, 911 – México 12, D. F.

1. VISIÓN HISTÓRICO-CULTURAL DE LA EXPANSIÓN EUROPEA

Durante el neolítico la expansión ecuménica del género humano llegó, hasta cierto punto, a su término, pues todos los continentes quedaron poblados. Desde entonces, cada uno de los grupos étnicos, de muy diverso origen racial, fue elaborando sus propias formas culturales en el espacio que le había tocado. Es verdad que, ahora como antes, ciertas tribus se desplazaban hacia otros lugares y que en el destino histórico-cultural de los pueblos influyeron poderosamente los préstamos y los inventos de bienes culturales; pero también es cierto que todas las tribus de cazadores, agricultores y pastores vivían en pequeños grupos, relativamente aisladas unas de otras.

Sólo cuando determinados pueblos de tendencias expansivas y de organización social rigurosa (pueblos de pastores guerreros y de navegantes sobre todo), sometieron a su dominio sistemático a ciertas tribus de agricultores que habitaban zonas fértiles, sólo entonces pudieron surgir amplios estados y ciudades en las cuales se centraba su cultura de gran alcance. Wilhelm Schmidt y su escuela, Fritz Kern, Richard Thurnwald, Alexander Rüstow y otros autores han descrito minuciosamente este proceso de estratificación cultural, que tanta importancia tiene en la historia del mundo.

Baste aquí hacer notar que, por su naturaleza misma, todos los dominios culturales que se originaron de esa manera aspiraron desde un principio a extender la esfera de su influencia y de su poderío hacia otros pueblos, hacia los ámbitos culturales "subdesarrollados". La penetración pacífica desde los focos de comercio y de colonización, lo mismo que el avasallamiento militar carac-

terizan, en diferentes formas, las tendencias expansionistas coloniales de las llamadas “altas culturas” desde su nacimiento. En el momento en que en alguna de las antiguas altas culturas languidece ese afán de expansión, irrumpen otros pueblos más primitivos o igualmente desarrollados y unifican o bien rompen la resistencia del pueblo amenazado, dando a menudo nuevo impulso a su deseo de expansión.

En la historia de las altas culturas este rasgo fundamental resalta en todas partes con tal fuerza, que la historiografía tradicional, limitada generalmente a las altas culturas, suele contentarse con describir cómo cambia el dominio de unos pueblos sobre otros a través de guerras, conquistas y derrotas, como si eso fuera lo único esencial en la vida de los pueblos. Tomemos unos cuantos ejemplos, de gran importancia general para la historia de la cultura: las peregrinaciones de las tribus indogermánicas, cuya rama oriental, constituida por pastores nómadas, se superpuso en la India cisganga a la cultura del Indo y a los más primitivos pueblos dravídicos y los reorganizó. Ya en la segunda mitad del tercer milenio a. de C., después de someter a los sumerios, fundó Sargón de Akkad el primer “imperio universal”, que abarcaba “los cuatro puntos cardinales”, pretensión típica de las altas culturas, que después repetirían muchos otros imperios. Babilonios, hititas, asirios, medos, persas y otros pueblos se van sucediendo en la lucha por la supremacía en el Cercano Oriente. Nos son bien conocidos los imperios marítimos y las colonias mercantiles de cretenses, fenicios y griegos en el Mediterráneo. Al imperio de Alejandro siguió, como prototipo de todos los grandes estados de Europa en los siglos subsiguientes, el imperio romano, que a su vez fue víctima de las invasiones y expediciones guerreras de las tribus germánicas. Una oleada tardía de esas invasiones fue la de los normandos, que desde las costas penetraron en el Oeste, el Sur y el Este de Europa; pero sus barcos los llevaron también a Islandia, a Groenlandia e incluso a la América del Norte, medio milenio antes de la expansión ibérica hacia “las Indias”.

Pero también podemos observar idéntico afán de expansión fuera del ámbito de las altas culturas euroasiáticas, en pueblos que tipológicamente pertenecen a lo que Trimborn ha llamado las "tempranas altas culturas dominadoras" (*frühe Herrenhochkulturen*). Así por ejemplo, en la primera mitad del primer milenio de nuestra era los navegantes polinesios poblaron un conjunto de islas que abarcan la tercera parte de la extensión total de la tierra; esto ocurrió en una época en que la navegación europea no osaba ir más allá de las costas y de los mares interiores. Es verdad que, desde el punto de vista de la historia universal, las expediciones de los polinesios terminaron en un callejón sin salida, como esas peregrinaciones de las tribus pastoras influidas por los camitas, que en su expansión por el África sudoriental se toparon, todavía en el siglo XIX, con la expansión europea. En cambio sí llegaron a tener enorme trascendencia histórica las migraciones de los pueblos turcos del Asia Central. En el siglo XIII participaron en las expediciones militares de los mongoles, para más tarde tomar posesión de algunas partes de la herencia mongólica, sobre todo en el reino otomano. Las incursiones de las hordas de caballería mongólicas en Europa proporcionaron al Occidente los primeros contactos directos con el Lejano Oriente, como lo muestran los relatos de viaje escritos por Wilhelm von Rubruck (*ca.* 1215-1270) y por Marco Polo (1254-1323).

A la caída del dominio mongol se abrió para Rusia el camino hacia el Asia Central y Septentrional, mientras que la Europa occidental se vio otra vez aislada del resto del mundo. El Islam, gran rival de la expansión cristiano-occidental, que en un principio era sólo un conjunto de tribus beduinas árabes, se había creado en el curso de unos ocho siglos una esfera de influencia que se extendía entre la Península Ibérica e Indonesia. Desde el punto de vista político, lo mismo que desde el religioso, los pueblos islámicos tenían pretensiones de dominio universal análogas a las de los pueblos cristianos de Europa; éstos no lograron, en las cruzadas, vencer a aquella potencia, a la cual han seguido combatiendo

hasta nuestros días (por ejemplo en el Norte de África). La expansión mundial de los europeos encontró en el Islam una de sus pocas fronteras.

A fines del siglo xv y comienzos del xvi ciertos pueblos, sobre todo los pueblos turco-tártaros del reino otomano, bloquearon el acceso a las comunicaciones directas para el comercio con la “India” y el “Cathay”, o sea con los países del Medio y del Lejano Oriente. El corretaje con las codiciadas mercancías orientales enriqueció a los navegantes árabes y a los árabes que comerciaban por medio de caravanas, lo mismo que a las ciudades de la Italia septentrional. La “guerra santa” de la Cristiandad contra el Islam y contra otros pueblos “infieles” en las zonas fronterizas de la Europa católica romana acabó por convertirse para los portugueses y los españoles en un gran triunfo: lograron hacer retroceder a los árabes, que desde el siglo viii habían dominado la Península Ibérica. Sin embargo, para llegar a los frutos más añorados de esa victoria hacía falta algo más: había que tratar de dar la vuelta al cerrojo islámico y llegar a los países productores de especias del Oriente. Los navegantes portugueses rodearon el continente africano y los barcos españoles llegaron al continente americano, al Nuevo Mundo, por la ruta de Occidente.

Con esto se inició por la vía marítima ese proceso de expansión que se produjo paralelamente en tierra firme con la colonización rusa de la mitad septentrional del continente asiático y que, al cabo de unos cuatro siglos, llevaría a la expansión de los pueblos europeos por todo el mundo. Es un proceso que, de hecho, provocó una nueva etapa en la historia universal. Sólo en nuestros días, cuando el proceso está llegando a su fin y en que todas las naciones del mundo dependen ineludiblemente unas de otras, en la paz y en la guerra, se ha dado cuenta la humanidad del alcance de ese proceso. La unidad actual de todos los grupos culturales esparcidos desde la edad de piedra por la faz de la tierra es obra de los pueblos europeos. Este hecho, único en la historia universal, la “europeización de la tierra” (para usar la expresión de H.

Plischke), fue realizado por hombres pertenecientes a una determinada alta cultura. En su expansión por el mundo los pueblos de Europa no tenían una motivación espiritual, política y económica radicalmente distinta de la de otros grupos de pueblos cuya mentalidad había sido forjada por el espíritu de conquista y de comercio de las culturas de pastores y de navegantes.

2. LOS MOTIVOS DE LA EXPANSIÓN EUROPEA

“La explotación de otros hombres, en la cual se basan los ingresos de una minoría ociosa” constituye, según Fritz Kern, un rasgo típico de todas las culturas dominadoras, y este rasgo caracterizó también a la expansión colonial de los europeos. Desde los comienzos de la colonización, y hasta el siglo XIX, procuraron conseguir esclavos, sobre todo en África, para hacerse de mano de obra barata. Pero también formas menos crueles de esa coacción, sancionada por el estado, que obligaba a los súbditos a trabajar y a pagar tributos, llegaron a influir hondamente en los modos de vida de los indígenas de muchas colonias, quienes antes de la llegada de los europeos llevaban una existencia de seres libres, dentro de la mutua dependencia que trae consigo la vida en las pequeñas comunidades.

Entre las motivaciones económicas de los colonizadores europeos estaba también la adquisición de bienes materiales de diversa índole. En un principio se ambicionaban sobre todo las especias y los metales preciosos; más tarde, además, los productos agrícolas que pudieran alimentar y vestir a la población europea, lo mismo que otras materias primas, que elaboraría la industria metropolitana. La ideología mercantilista asignó a las colonias de ultramar el papel exclusivo de productoras de materias primas y de consumidoras de productos manufacturados en Europa.

Pero el suelo de las regiones de ultramar no sólo era valioso por sus materias primas y sus productos agrícolas, sino también

porque, después de subyugados, desterrados o aun exterminados los indígenas, ofreció a millones de europeos tierras donde establecerse. A los motivos económicos debe la colonización europea, sin duda alguna, sus estímulos más poderosos.

Pero al mismo tiempo, y a menudo con igual vigor, actuaron sobre la expansión de los europeos las fuerzas religiosas, la conciencia misionera de la cristiandad, que obedeciendo al mandato bíblico, debía convertir a los pueblos paganos de todo el mundo a la única fe: el Evangelio. En el encuentro con pueblos de culturas extrañas este cometido se amplió de muchas maneras y llegó a interpretarse sin más como una necesidad de educar a esos pueblos en la cultura europea.

A pesar de todos los cambios históricos que se produjeron en los motivos y en las formas de la misión religiosa y cultural europea, no hay que dejar de lado el hecho de que la tensión y la contradicción interna entre el egoísmo económico y político y la ética de la caridad que pregona el cristianismo, tensión y contradicción que existía en la misma Europa, se hizo notar a menudo con especial agudeza en la colonización de los pueblos de ultramar. Baste recordar un episodio, que ilustra ese contraste: ya en su segundo viaje al Nuevo Mundo (1493) se hizo acompañar Colón por el fraile benedictino Boyl, para que convirtiera a los indios. Pero Boyl participó después en los tormentos dados a los indios para sacarles oro. Hay que ser justos, sin embargo, y oponer a este y a otros sucesos la labor de incontables hombres, desde Las Casas e Innokentij Wenjaminow hasta Albert Schweitzer. Sólo así podremos ver el movimiento misionero cristiano, no a la luz de un dudoso proselitismo, sino en sus propósitos auténticos. Prescindiendo de todo juicio de valor, debemos decir aquí que la expansión europea no partió sólo de ambiciones económicas, sino también de afanes misioneros.

Se ha dicho a menudo que en muchos sentidos los primeros colonizadores fueron herederos de los cruzados. La lucha contra el Islam se convirtió en lucha contra todos los infieles, que acaba-

rían por someterse al afán de dominio y a los jefes políticos y religiosos de los pueblos cristianos. Así se mezclaron desde un principio los estímulos económicos y apostólicos con las ambiciones de poder político, como tan a menudo ocurre en la expansión de las altas culturas. En todo caso, debe hacerse constar que de hecho fueron las sociedades mercantiles y religiosas las que, por su propia iniciativa, se lanzaron a la colonización, poniendo sus propios hombres y su propio capital, y que, en la mayoría de los casos, los gobiernos sólo intervinieron más tarde para poner su aparato de poder al servicio de la protección externa y del orden interno de aquellos esfuerzos colonizadores. Pero desde un principio las rivalidades nacionales de los gobiernos europeos se extendieron a las colonias; aun más, las ideologías nacionalistas de la Europa moderna se alimentaron en gran medida de las pretensiones imperialistas de dominio sobre extensos territorios del mundo no europeo.

En todos los lugares sometidos por Europa, ésta procuró dominar también intelectualmente las regiones recién descubiertas. A todos los motivos de expansión vino a unirse el afán de descubrir y de revelar nuevos mundos. Es éste, sin lugar a dudas, uno de los rasgos peculiares de la expansión europea, que la hacen diferir de las empresas colonizadoras de otras culturas; por eso se habla con toda justicia de la “Era de los descubrimientos”. Con el auge de las ciencias naturales, la aventura de ese encuentro con paisajes inexplorados y con sus extraños hombres, animales, plantas y minerales, se vio encauzada hacia un orden intelectual, el cual a su vez dio a Europa los medios para una conquista y una exploración sistemáticas de los continentes descubiertos y de sus tesoros.

Los afanes de dominio espiritual, de explotación económica, de apostolado cristiano y de dominación política se unieron para configurar la actitud de los europeos frente a los pueblos de otros continentes y llevarlos a la convicción de que en todos sentidos ellos estaban, culturalmente, muy por encima de esos pueblos.

La ideología que resultó de esa conciencia de superioridad justificaba el dominio de Europa sobre el mundo y a la vez encontraba su confirmación en los éxitos obtenidos. Es verdad que la ingenua fe en el progreso hacía que los europeos no se dieran cuenta, a menudo, de que tales éxitos se debían, ante todo, a una mejor preparación técnica y científica, es decir, a factores que la crítica europea de la cultura suele considerar meramente como “civilización” y opone a la “cultura”, que juzga más valiosa; la superioridad técnica, como se ha visto con razón, no tiene nada que ver con la madurez moral, y justamente la historia de las colonizaciones lo ha demostrado en centenares de casos. En nuestro tiempo, un conocimiento más exacto de las culturas “primitivas”, cuyos escasos conocimientos técnicos van aunados a menudo con una ética y un orden social altamente desarrollados, suele atenuar ese orgullo cultural de los europeos frente a los llamados “salvajes”. Es verdad que la teoría y la práctica de la técnica, de las ciencias naturales y de la medicina, tal como las desarrollaron los europeos en la época moderna, no tienen paralelo en ninguno de los pueblos no europeos, que ahora se afanan por apropiárselas.

Como ya se ha apuntado, los misioneros cristianos comenzaron por concebir el apostolado cultural entre otras cosas como una obligación de educar a los indígenas. Al partir del principio de que los hombres de otros continentes eran iguales ante Dios, abrieron una primera brecha en la absoluta conciencia de superioridad de los europeos, por más que durante siglos éstos trataron a los indígenas poco menos que como animales salvajes. Ya en su bula del 2 de julio de 1537 había dejado establecido Paulo III que los indios eran “*veri homines fidei catholicae et sacramentorum capaces*”. Sobrepasando su cometido religioso, los misioneros cristianos se convirtieron por todas partes en los principales responsables de la educación de los aborígenes en todos los aspectos de la vida. Aunque sólo fuera por las traducciones de la Biblia a centenares de lenguas hasta entonces carentes de escritura, hay que reconocer que las Iglesias desempeñaron un papel de primera im-

portancia en la difusión de la cultura europea en un sentido profundo.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que los gobiernos se hicieran cargo, cada vez más, de esa misión educativa. Partiendo a menudo de teorías francamente opuestas, se han dedicado a instalar escuelas de diversos tipos y a incorporar a los indígenas a la administración de sus colonias. Con el avance de la industrialización y de la mecanización del trabajo, no puede ya detenerse la creciente formación de trabajadores indígenas especializados; ni los intereses económicos alcanzan a impedirla. Una capa cada vez mayor de nativos participa del progreso técnico y económico de Europa, y con ello se va quedando atrás el viejo sistema, según el cual a los aborígenes les tocaba el trabajo manual, inexperto y mal retribuido, y a los blancos el trabajo intelectual, de calidad y bien pagado.

Si anteriormente los colonizadores sentían que debían transformar por completo la vida y el pensar de los nativos, la conciencia de la responsabilidad y el reconocimiento de formas exóticas de vida llevan hoy más bien a un cauteloso retoque de las instituciones tradicionales para adaptarlas a las circunstancias modernas. Pero, asimismo, bajo esa bien intencionada tutela puede ocultarse el deseo de mantener a los pueblos de ultramar en un bajo nivel económico y de civilización. Influidos por las ideas europeas sobre la libertad y los derechos humanos, por el nacionalismo y por el comunismo, esos pueblos luchan hoy por llegar a un pie de igualdad con los europeos. Así, el cambio histórico que consistió en el paso de los motivos puramente económicos, políticos y religiosos de la colonización a la responsabilidad educativa desencadenó entre los pueblos de ultramar un movimiento que está llevando a su ocaso al predominio europeo.

3. LAS FORMAS DE LA EXPANSIÓN EUROPEA

Las diversas campañas de los colonizadores produjeron formas distintas de colonización, que se conformaban en cada caso con las

peculiaridades geográficas y los antecedentes históricos y que influyeron cada una a su modo en la vida de los pueblos de ultramar.

Exceptuando a los españoles, que desde un principio penetraron en el Nuevo Mundo como conquistadores, los colonizadores europeos se limitaron en los comienzos a fundar factorías aisladas, casi siempre fortificadas, desde las cuales mantenían el intercambio de mercancías con la población aborigen y proveían a los mercaderes ambulantes. Durante largo tiempo fue ésta la única forma de colonización en las costas de África, de la India, China y Japón, colonización llevada a cabo sobre todo por las compañías mercantiles privilegiadas. Las fortificaciones de las costas, los lugares de paso y las factorías tenían, tierras adentro, su paralelo en los ostrogs de Siberia o en los fuertes de la región septentrional de Norteamérica. Desde esos núcleos de colonización comenzaron a penetrar las mercancías europeas en la vida económica de los indígenas, llevándolos en poco tiempo a una dependencia económica, lo mismo que a una sujeción política más o menos acusada con respecto a los europeos. Si éstos lograban luego extender su dominio hacia el interior del país, las factorías de la costa servían también para almacenar y expedir los tributos exigidos a los indígenas; en África se utilizaron además para efectuar el comercio de esclavos. Sin embargo, en los primeros tiempos la esfera de poderío y de influencia directa rara vez sobrepasó en mucho a los puestos costeros.

Por otra parte, de esos islotes, rodeados de un mundo aún no explorado y a menudo hostil, partieron muchas otras formas de la expansión europea. En los territorios húmedos de los trópicos desempeñó un papel de gran relieve la colonización basada en plantaciones. Consiste ésta en el cultivo de una o de algunas plantas sobre extensas superficies, cultivo dirigido por europeos, con el apoyo de capital europeo, pero llevado a cabo por trabajadores aborígenes. En otros tiempos el trabajo de las plantaciones era realizado casi siempre por esclavos, llevados por millares desde

África, sobre todo a las zonas tropicales y húmedas de América. Más tarde y en otros lugares fueron sustituidos por jornaleros, que normalmente regresaban a sus pueblos una vez concluido el contrato y que trasmitían abundantes influencias europeas.

No es muy distinto lo que ocurre en las colonias de finalidad económica que se basan en la explotación de las riquezas del subsuelo, sobre todo de metales preciosos, petróleo y otras materias primas. Así, en México y en la región andina los españoles pudieron continuar, utilizando la mano de obra indígena, la explotación de las minas de plata, oro y cobre practicada ya en la época precolombina. En cambio, en la Unión Sudafricana y en el Congo meridional la minería fue inaugurada por los europeos. Paralelamente tuvo lugar la industrialización de esos países, que provocó la aglomeración de los trabajadores aborígenes en las zonas industriales, con la difícil y problemática "aculturación" de un proletariado ya en gran parte alejado de su vida tribal originaria. La explotación del caucho a fines del siglo pasado y comienzos del actual es un ejemplo más de colonización basada en las materias primas; sobre todo en las partes tropicales de Sudamérica y en el Congo los indígenas, a merced de los métodos extorsionistas de los blancos, sufrieron muy graves perjuicios.

La colonización entendida como una emigración en masa de los europeos y su establecimiento permanente en regiones no europeas se realizó también en formas distintas, en parte condicionadas por la índole de las colonias mismas. Friederici y Wilhelmy han hecho notar la enorme diferencia que existe entre la colonización urbana de Iberoamérica y la colonización rural angloamericana en el territorio que constituyen hoy los Estados Unidos y el Sur del Canadá. Los conquistadores españoles se dedicaron desde un principio a fundar ciudades en suelo americano, a base de la explotación de metales preciosos; en su país de origen la ciudad era ya la forma predominante de la agrupación humana. La población india no fue exterminada, sino que llegó a formar una capa social subordinada a los conquistadores, que la utilizaron en la

minería o que, en las zonas agrícolas, la sometieron a los terratenientes. En el curso de los siglos fue progresando la fusión racial de españoles con indios; sin embargo, la estratificación cultural originaria se mantuvo en mayor o menor medida.

A los emigrantes de los países septentrionales de Europa lo que les interesaba, en cambio, como meta de la colonización era la adquisición de tierras útiles para el cultivo. De ahí que la población india de Norteamérica fuera expulsada de su suelo nativo y en gran parte aniquilada en una lucha de siglos. De manera análoga se manifestó la colonización, parcialmente, en el África del Sur, en Tasmania y Australia y en Siberia. Estos últimos territorios se convirtieron en zonas de colonización rural entre otras cosas porque en ellos se recluía a los presidiarios.

En época más reciente la colonización ha adoptado otras formas, debido al proceso de industrialización y a la formación de las grandes ciudades modernas, en las cuales se lleva a cabo hoy, sobre todo en América y en África, la verdadera europeización de los nativos, casi siempre en condiciones sociales abrumadoras. La miseria es el destino de muchos, pero a la vez es en esas ciudades donde los aborígenes tienen más posibilidades de cultivarse y de mejorar su situación.

Otro tipo de colonización es el constituido por los centros de evangelización, que a menudo actuaron, como las factorías, de precursores y pioneros de la colonización propiamente dicha. Se hicieron famosos los llamados “estados misioneros” (*Ordenstaaten*), sobre todo de los jesuitas, en las zonas fronterizas del imperio colonial español (región del Plata, California, Nuevo México, etc.). Las órdenes religiosas fundaron en los territorios sujetos a su administración las llamadas “reducciones”, en las cuales los indios encontraban protección y eran cristianizados por los misioneros. A la vez, éstos realizaron con los indios una monumental labor de educación; hubo, por ejemplo, tribus muy primitivas que aprendieron la agricultura y toda clase de artesanías. En otros países de ultramar sucedió a menudo que ciertos centros misioneros al pa-

recer muy modestos llegaron a ser focos de asistencia religiosa, y atención médica y educativa para extensos territorios.

Contrasta con esto el carácter de la colonización con finalidad política realizada por los estados europeos, que en general sólo por extensión influyó en la transformación cultural de las regiones sometidas, al menos en un principio. Normalmente los gobiernos juzgaban que su tarea consistía en mantener la paz y el orden, los cuales por su parte harían posible que el comercio y las misiones actuaran con eficacia. Pero precisamente aquí nos topamos con grandes diferencias. Así, ya en época temprana la corona española organizó su imperio de ultramar y logró la conservación de los indígenas mediante leyes cuidadosamente destinadas a protegerlos (codificadas en 1680 en la "Recopilación de las Leyes de Indias"). La mayoría de los demás estados europeos tardaron siglos en establecer leyes que protegieran a los aborígenes.

En nuestros días desempeñan un papel importante las diferencias entre la administración "directa" y la "indirecta" en las colonias. Francia, en primer lugar, considera sus posesiones de ultramar (con excepción de los protectorados y mandatos) como partes inseparables de la madre patria y concede por ello a los aborígenes la nacionalidad francesa, ya sea como "citoyens" que teóricamente gozan de los mismos derechos que los franceses blancos, ya —cuando aún no están "asimilados"— como "sujets" de la Unión Francesa. La administración se realiza "directamente", esto es, por intermedio de funcionarios blancos o indígenas, que reciben su nombramiento, sus leyes y sus instrucciones desde la Metrópoli. La meta de este sistema colonial centralizador es la adaptación de todos los indígenas a la "civilisation française". Los ingleses se esfuerzan, en cambio, por imponer hoy en sus colonias un sistema de autoadministración ("indirect rule"), que quiere dejar a los jefes nativos, bajo la supervisión de un funcionario inglés, cierta libertad de decisión por lo que a los asuntos locales de su pueblo se refiere. El propósito de este sistema es que tarde

o temprano las colonias se hagan independientes dentro del marco del Commonwealth británico.

La colonización con miras políticas solía comenzar con la fundación de bases militares, que a menudo llegaban a servir también de bases comerciales, pero que a veces se establecían con fines exclusivamente estratégicos, como ocurre hoy con las bases aéreas y de radar que mantienen los norteamericanos en las regiones árticas. No es raro que las bases militares sean punto de partida de la colonización del país; es el caso de las poblaciones de cosacos en la Siberia central y oriental, a lo largo de la frontera china.

Otra forma de colonización política se da cuando una potencia colonial europea se hace cargo de la dirección suprema de un gobierno de ultramar, con el objeto de asegurar sus intereses económicos y estratégicos. Son ejemplos de esto, principalmente, la India, antes de 1947, y las posesiones y protectorados ingleses que se encuentran en el camino hacia la India; las islas del Pacífico y de las Indias Occidentales que dependen, de distintas maneras, de los Estados Unidos; los muchos protectorados en África y Oceanía, cada uno con su manera especial de independencia administrativa o efectiva, y también las repúblicas de Asia incorporadas a la Unión Soviética, aunque formalmente autónomas.

Hay otras formas de colonización política —en un sentido amplio—, que no suponen la intervención constitucional, como ocurrió con las esferas de influencia de las potencias coloniales, por ejemplo en Persia, en Afganistán y en otros estados situados en puntos intermedios del camino de expansión de esas potencias.

4. CONSECUENCIAS DE LA EXPANSIÓN EUROPEA PARA LOS PUEBLOS EUROPEOS

Deberemos contentarnos con mencionar aquí siquiera algunas repercusiones que la expansión europea tuvo en Europa misma, a fin de no hablar después en forma unilateral de las consecuencias

que esa expansión tuvo en los pueblos de ultramar, que habremos de examinar más en detalle. El encuentro de Europa con esos pueblos no sólo desencadenó en ellos una transformación cultural, sino que provocó un cambio histórico en la propia Europa: el paso a la llamada “época moderna”.

El Mediterráneo, centro del “orbis terrarum” de las antiguas culturas europeas, ya estaba perdido para Europa, debido a la expansión islámica por su mitad meridional. Cuando las expediciones transoceánicas lograron rodear el cerrojo del Islam, el Mediterráneo se convirtió en un remoto mar interior. Es verdad que de las ciudades marítimas italianas, enriquecidas por el comercio con el Oriente, salieron muchos de los primeros descubridores expertos en navegación, pero el peso político de Europa se desplazó de ahí a los estados situados en la costa atlántica.

En éstos, el sistema feudal fue perdiendo gradualmente su importancia; sólo los poderosos estados nacionales resultarían a la larga capaces de proteger las empresas ultramarinas y de convertirse ellos mismos en realizadores de amplias expansiones. Como dijo Sieber, “la sujeción de países y continentes extraños fomentó cada vez más el afán que tenían los pueblos europeos de aumentar su propio poderío proyectando su estado natal hacia el mundo, ampliando el estado nacional hasta transformarlo en imperio. Las conquistas acabaron por convertirse en una encarnizada lucha por el poder, cuyos efectos, por otra parte, pusieron en peligro la convivencia de los pueblos en Europa y llegaron a hacer insoportables las tensiones nacionales. Las guerras europeas se hicieron guerras mundiales”.

Los cambios provocados por la expansión europea no fueron menos persistentes en el terreno económico. La importación de plantas de cultivo americanas, sobre todo de la papa y del maíz, significó una transformación de las bases alimenticias de muchos países europeos; pero más que nada, los continentes de ultramar suministraron con sus materias primas el fundamento de la revolución industrial de Europa.

Estas revoluciones políticas y económicas iban aparejadas de un cambio radical del concepto del mundo. Ya el encuentro con los árabes había hecho que se acogiera y resucitara e hiciera revivir en Europa la antigua herencia de griegos y romanos. Pero Europa debe también a los árabes el descubrimiento metódico de imprescindibles conocimientos astronómicos y algebraicos, incluyendo el sistema hindú de numeración, con la revelación del cero, tan importante para el sistema decimal. Gracias a esto ya estaba allanado el camino para que la marcha triunfal de Europa alrededor de la Tierra fuera acompañada por un inigualable progreso de las ciencias naturales y de la técnica. Sólo el registro cartográfico de los mares y las tierras recién encontrados permitió realmente su descubrimiento sistemático y su integración en el concepto que Europa tenía del mundo. Como es bien sabido, ya el primer viaje de Colón se debió al estímulo que sobre él ejercieron los mapas del italiano Toscanelli, el cual a su vez se había basado en las ideas de Tolomeo, transmitidas por los árabes. La vuelta al mundo de Magallanes (1519-1521) demostraría luego con los hechos la redondez de la tierra y comprobaría empíricamente el concepto copernicano del universo.

Poco a poco, con titubeos, pero no por eso menos tenazmente, se fue transformando el concepto histórico de Europa. Sobrepasando el horizonte de las culturas mediterráneo-occidentales, la mirada de Europa se extendió por lo pronto hacia las altas culturas de Asia. Eso hizo necesario un nuevo concepto de la historia mundial, concepto que dio por tierra con las hasta entonces limitadas ideas sobre el tiempo y el espacio.

Por otra parte, también el encuentro con pueblos llamados "primitivos" influyó en la filosofía europea de la historia y de la cultura y en las corrientes ideológicas conectadas con ella. Ya los primeros conquistadores españoles se preguntaban por el origen de los habitantes de América. Se comenzó por explicarlo de acuerdo con conceptos históricos del viejo mundo, diciendo que procedían de las tribus perdidas de Israel; pero esto equivalía a acep-

tar a priori el origen único del género humano y con él la unidad de la historia mundial. El padre jesuita Lafitau (1670-1740) fue el primero que comparó sistemáticamente las formas culturales americanas con las del viejo mundo. Sus tolerantes ideas religiosas contribuyeron a formar el moderno concepto antropológico del hombre, y sus investigaciones vinieron en apoyo de la ideología de la Ilustración; ésta hizo posible, por ejemplo que, Rousseau apoyara en el concepto del “buen salvaje” su idea del “contrato social”. Por erradas que anduvieran éstas y otras concepciones, no cabe duda de que contribuyeron en mucho a mantener despierto el interés por las formas de vida “exóticas” y a estimular las investigaciones etnológicas. Sosteniendo una lucha intelectual con culturas y pueblos extraños, Kant, Herder, Hegel y Schiller intentarían más tarde crear una visión universal de la historia; pero sólo en nuestros tiempos, y gracias a los estudios de etnología y de prehistoria, comienza a surgir un concepto verdaderamente universal de la historia, que abarca todos los continentes e incluye a los pueblos “primitivos”, concepto que se está convirtiendo en bien común de todo pensamiento moderno.

5. CONSECUENCIAS DE LA EXPANSIÓN EUROPEA PARA LOS PUEBLOS DE ULTRAMAR

Por hondas que fueran las repercusiones de la expansión europea en los pueblos de Europa, la cultura de este continente seguía apoyándose básicamente en las mismas ideas y tradiciones que se habían formado desde los comienzos de su historia. En cambio, para las regiones de ultramar esa expansión trajo consigo un cambio radical en todos los ámbitos de la vida. Fuera de Europa se llevó y sigue llevando a cabo lo que Westermann llamó “el más grande cambio cultural de todos los tiempos”.

Este cambio cultural suele comenzar con la penetración de mercancías europeas en la vida económica de los pueblos aborígenes. Con ello se despiertan nuevas necesidades, que la economía pro-

pia no alcanza a satisfacer. El intercambio de mercancías y sobre todo la introducción del concepto de dinero estimula el afán individual de posesión. A menudo este afán llega a minar la mutua ayuda económica, firmemente arraigada entre muchos pueblos primitivos, dentro de sus comunidades locales y de parentesco. El imperativo de ganar dinero lleva a los aborígenes a trabajar para los europeos, que anteriormente se habían procurado la mano de obra esclavizándolos u obligándolos de otras maneras a trabajos forzados. Con esto la mayoría de los hombres y a veces también las mujeres en condiciones de trabajar se sustraen en más o en menos a los modos de vida y los tipos de economía heredados, o en todo caso pierden el contacto con ellos.

Por otra parte, no debe pasarse por alto el hecho de que, con sus técnicas económicas más racionales y con sus utensilios, los europeos intensificaron muchas veces la economía de los nativos y que con la importación de numerosos animales domésticos —caballos, reses, renos, puercos, gallinas— a América y el traslado de plantas americanas a otras partes de la tierra (por ejemplo, la mandioca, el maíz, el cacao, el tabaco) dieron a la economía de los indígenas bases completamente nuevas y para ellos importantes.

Como ya se ha dicho, la transformación espiritual de la vida de los indígenas se debe ante todo a la labor de los misioneros. Las antiguas religiones, los tradicionales conceptos del mundo sucumben ante la fe de los hombres blancos, más poderosos. Es verdad que en muchos lugares se mantienen reliquias de prácticas mágicas, sobre todo de magia medicinal, y que no es raro encontrar una fusión de antiguas creencias y cultos religiosos con el cristianismo, reunidos en un sincretismo sui generis; baste recordar los muchos y variados cultos de redención, que surgieron ante todo entre aquellos pueblos en estado natural que, ante el derrumbe definitivo de su antiguo modo de vida, quisieron refugiarse en una última esperanza.

La historia del cambio religioso entre los pueblos de ultramar está llena, en ambos bandos, de malentendidos y de errores a

menudo trágicos. No se puede menos de culpar sobre todo a los representantes de la expansión religiosa cristiana de la inútil y malévolamente destructiva destrucción de instituciones culturales vitalmente importantes. A ella contribuyeron la mojigatería y el fanatismo, lo mismo que el desconocimiento de las costumbres ajenas y la falta de respeto a ellas. Por otra parte, los misioneros fueron, entre los europeos, los únicos que vieron en los indígenas algo más que meros trabajadores o que peligrosos enemigos. Más bien se acercaron a ellos como a hombres a los cuales querían llevar el Evangelio y los sacramentos, y ayudaron así a crear una nueva actitud espiritual, una nueva imagen del mundo. La labor educativa de las misiones amplió los horizontes de los aborígenes, haciéndolos franquear las estrechas fronteras de su existencia tribal, y a menudo las misiones se convirtieron en núcleos que congregaron a las destruidas comunidades familiares y tribales y a individuos desarraigados, formando con ellos grupos nuevos.

Porque las influencias económicas y religiosas ocasionaron a menudo la destrucción de los antiguos órdenes sociales, que eran el apoyo de los aborígenes. Y también la ambición de poderío de los europeos vino a trastornar el orden social, privando de su autonomía política a los imperios y tribus que antes eran independientes. Se privó del poder a los jefes, dificultándose así la reglamentación de los asuntos internos, sobre todo cuando los europeos decidían intervenir ellos mismos en la situación política y cuando con ello acarreaban, a menudo sin darse cuenta de ello, fatales trastornos (por ejemplo cuando daban armas de fuego a gentes que juzgaban dignas de confianza).

Pero también aquí hay que ver la otra cara de la medalla. Después de un período inicial, casi siempre turbulento, las potencias coloniales europeas trataron de poner fin a las sangrientas luchas que los indígenas mantenían entre sí. Sin duda, el aumento de la población en muchas zonas de ultramar, sobre todo en épocas recientes, se debe no sólo a una mejor atención médica e higiénica, sino también a la desaparición de las incontables vende-

ttas y guerras entre los grupos de indígenas. Aunque no es menos cierto que, en las etapas iniciales de la colonización, la expansión de los territorios pacificados bajo la jurisdicción de las potencias europeas se hacía a menudo a base de coerciones que tenían por consecuencia una tremenda disminución de la población y que frecuentemente acababan con los pueblos primitivos, como acababan con ellos las enfermedades importadas por los europeos y el alcoholismo.

La expansión europea no sólo se topó con culturas extrañas, sino igualmente con pueblos de otras razas. Con éstas los europeos se mezclaron en mayor o menor medida, rasgo éste que también puede observarse, en variadas proporciones, en todos los casos en que una población más primitiva es dominada por un pueblo de alta cultura. En muchos lugares de la tierra surgieron poblaciones verdaderamente mestizas, por ejemplo en largas extensiones de Iberoamérica, en el África del Sur y del Suroeste, en Tahití y Hawaii, lo mismo que en las colonias francesas y portuguesas, donde no existe una política racial oficial.

Cuanto más intensamente se practica una política de este tipo más difícil es la vida de los mestizos, que a menudo no encuentran acogida en ninguno de los dos mundos de sus padres. Esta situación suele provocar una falta de equilibrio en la personalidad que aparentemente confirma el prejuicio de que los mestizos son, por nacimiento, “incapaces de cultura” y por lo tanto seres inferiores. Pero de hecho una colonización como, por ejemplo, la de las regiones tropicales y húmedas de Iberoamérica no hubiera sido posible a la larga sin la aparición de una población mestiza. Hoy en día se encuentran en todo el mundo mestizos que ocupan cargos eminentes. No es raro que ellos sean los más adecuados intermediarios entre los dos mundos, una vez superados los sentimientos y resentimientos raciales. El verdadero problema de la adaptación de la cultura aborigen a la civilización europea no está en las diferencias raciales, sino en las de cultura y de posición social. Pero las ideologías raciales sirven comúnmente para disimular ten-

dencias que, por motivos económicos o políticos, se afanan por impedir que los indígenas asciendan socialmente y que participen de las ventajas de la civilización moderna.

Entre los pueblos de ultramar el cambio cultural se lleva a cabo generalmente en varias fases, que son analizadas hoy en detalle por una rama de la etnología moderna, el estudio de la aculturación. Ya Hilde y Richard Thurnwald se dieron cuenta de que en la primera fase los nativos suelen rechazar las influencias europeas, mientras se hallan dominados por la impresión de un encuentro casi siempre hostil o cuando simplemente no saben qué hacer con las cosas nuevas y desconocidas. En la segunda fase los aborígenes aceptan algunas innovaciones, y en la tercera suelen entregarse sin discriminación a todo lo nuevo. Es frecuente que luego se vuelvan a reconocer los valores de la vida tradicional, rechazando nuevamente los elementos extraños. Pero en esa etapa las influencias han penetrado ya tan hondo en la cultura del pueblo, que no puede menos de llegarse, en una última fase, a la fusión de lo nuevo con lo heredado y a la creación de una nueva unidad. Por supuesto, este proceso no se produce en todas partes del mismo modo, pero sí se da con cierta frecuencia. El paso de una generación a otra desempeña en él un papel importante, y la acción de ciertas personalidades puede contribuir en mucho, con su actitud progresista o conservadora, al cambio o al mantenimiento de la cultura autóctona.

En las diferencias de grado y en la rapidez del cambio cultural interviene también, como no podía menos de ser, la situación geográfica del pueblo que sufre las influencias: los grupos que habitan las costas u otras vías de comunicación están expuestos con más intensidad y mayor duración a las influencias de las potencias colonizadoras que los que se han retirado a zonas apartadas, donde las viejas formas culturales y vitales suelen mantenerse mucho más tiempo. Estos factores antropo-geográficos no se han tenido suficientemente en cuenta en las investigaciones realizadas hasta ahora.

Del mismo modo, la historiografía que sólo ha visto el hecho de las colonizaciones desde el punto de vista europeo, considerándolas como un dominio político sobre poblaciones “salvajes” o “semicivilizadas”, ha prestado demasiado poca atención a las diferencias culturales existentes entre esos pueblos. De hecho, los europeos dominaron a pueblos de los más variados “círculos culturales” u “horizontes culturales”, desde las hordas paleolíticas de cazadores y las tribus neolíticas de agricultores o de pastores nómadas hasta los estados de altas culturas, dotados de instituciones sociales y políticas que la historia de la cultura considera “modernas”.

De estas diferencias culturales, que habrá que analizar más en detalle, ha dependido esencialmente la manera como ha tenido lugar el encuentro entre los pueblos europeos y los pueblos de ultramar. Por supuesto, los procesos históricos varían también de una tribu a la otra, dentro de la misma capa cultural, y no hay que pasar por alto esos factores individuales e imponderables. La ojeada de conjunto que presentamos a continuación no aspira, pues, a dar una tipología o un esquema de los procesos de la dominación cultural, sino que quiere ante todo destacar ciertos rasgos fundamentales dentro de las diferencias del cambio cultural, resultado de las diversas situaciones culturales que constituyeron el punto de partida.

Los pueblos primitivos de cazadores y recolectores que con el tiempo se fueron retirando a zonas francamente apartadas son los que hasta ahora han quedado por regla general más al margen de las influencias culturales europeas. Estos pueblos arcaicos y altamente especializados viven en zonas marginales del mundo, que no ofrecen posibilidades económicas ni de colonización para los europeos. Sin embargo, el hecho de vivir en zonas apartadas y la unilateral adaptación a un ambiente especial no son quizá la única causa de que esos pueblos hayan sido tan escasamente influidos por la cultura europea. A esos factores se une una mentalidad muy conservadora. Los pigmeos del África central, por ejemplo,

se aferraron por lo común a su economía de pueblos cazadores, a pesar de tener a la vista la economía mucho más productiva de las tribus negras que los rodeaban, dedicadas desde hacía mucho al cultivo de plantas. Sólo el intercambio de productos, fomentado posiblemente por la paz que crearon los europeos, llevó al fin a una estrecha fusión económica de los pueblos de ambas razas. Pero las influencias europeas directas afectaron tan poco a los pigmeos africanos como a los pueblos enanos de Asia, exceptuando a los andamaneses, que en sus islas tuvieron contacto con presidiarios y que fueron diezmados por devastadoras epidemias y por un trato inadecuado; hasta hace poco algunos grupos oponían una encarnizada resistencia a todo intento de penetración europea. No puede decirse, pues, que en ninguna parte se haya producido una adaptación de los cazadores selváticos africanos o asiáticos a la colonización europea.

También en las selvas y las estepas sudamericanas hay muchos pueblos de cazadores que evitan todo contacto con los intrusos blancos; otros todavía hoy se oponen a ellos tenazmente y a veces con éxito. En las partes menos transitables del desierto de Kalahari, en el Sur de África, sigue habiendo hordas de bosquimanos que viven su ancestral vida de cazadores y que se sustraen a todo influjo europeo.

Los esquimales de los desiertos helados de la zona ártica, desde Alaska hasta Groenlandia, también vivieron largo tiempo prácticamente ajenos a la cultura europea. En Groenlandia lograron absorber, tras largas luchas, a los colonizadores normandos que se establecieron ahí desde el siglo xi hasta el xv. Sólo cuando, en época reciente, empezaron a disminuir cada vez más las focas y ballenas de la región ártica, debido a los métodos de caza de los blancos, y cuando el hambre amenazó con destruir a la población esquimal de extensas zonas, se creó para ellos una base económica totalmente nueva: por instigación del gobierno, algunos grupos comenzaron a dedicarse a la cría de renos, importados de Laponia y de Siberia. Así se repitió hace poco entre los esquimales el pro-

ceso que había llevado a muchas tribus cazadoras americanas, gracias a la introducción de animales domésticos del viejo mundo, a la cría de ganado. Además una serie de antiguos bienes culturales, que los esquimales habían perfeccionado técnicamente en su lucha con la inclemente naturaleza que los rodea, han sido reemplazados cada vez más por mercancías europeas, adquiridas por ellos a través del comercio de pieles. Pero no por eso ha cambiado el carácter básico de su cultura, espléndidamente adecuada al ambiente ártico.

Aquí, como en las zonas boscosas que se encuentran al sur de la región ártica, han sido los blancos los que a menudo han tenido que adaptar su modo de vida al de los aborígenes. Sólo así pudieron los pobladores blancos de los bosques iniciar, con ayuda de los indios, el comercio de pieles en el Norte del Canadá. Del mismo modo se asimilaron muchos colonizadores rusos a los aborígenes de Kamchatka, dedicados a la pesca y a la caza. Pero la colonización de las regiones boscosas de Siberia no siempre se realizó con el pacífico apoyo de los indígenas; en general los rusos exigían a las tribus sometidas tributos de cueros y pieles. Esta costumbre fue adoptada, entre otros, por la compañía mercantil ruso-americana en las Aleutianas y en Alaska, a menudo con grave perjuicio de los nativos. La expansión de los europeos en el cinturón boscoso subártico se apoyó en la construcción de fuertes y de ostrogs, bajo cuyo amparo pudo desplegarse la actividad comercial y misionera y a veces también la colonización agrícola. Los cazadores y mercaderes fueron seguidos por los misioneros cristianos, que tanto en Siberia como en Canadá hicieron maravillas para proteger y convertir a los indígenas, en medio de condiciones muy difíciles. Prescindiendo de los desarrollos provocados en época reciente por la creación de centros industriales en esos territorios, desarrollos que en parte ocasionaron cambios muy radicales, lo que ocurrió a menudo en esas regiones subárticas fue una mutua adaptación entre el estilo de vida de los cazadores blancos y el de

los aborígenes, que frecuentemente dependían unos de otros para subsistir en ese ambiente hostil.

La colonización europea actuó de manera muy distinta sobre los pueblos cazadores que habitaban regiones donde los europeos podían practicar la agricultura. Como las tierras que los indígenas utilizaban en cuanto cazadores y recolectores casi sólo se prestaban para establecer en ellas extensos campos de pastoreo, los europeos tuvieron que conquistarlas a base de repetidas y encarnizadas luchas, que culminaban en una gradual expulsión o aun en el exterminio de los pobladores nativos. En el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX los habitantes culturalmente más antiguos del continente australiano, establecidos en su parte meridional y sudoriental, lo mismo que los tasmanios, fueron perseguidos por los colonizadores blancos como animales salvajes y finalmente aniquilados. Igual destino cupo en suerte a los bosquimanos del sur del río Orange cuando trataron de defenderse contra la manzanza de la caza en los abrevaderos y contra el hambre provocada por ella. También los cazadores aborígenes que habitaban extensos territorios de las estepas norteamericanas, así como los de la Patagonia y la Tierra del Fuego sucumbieron a la guerra de exterminio que contra ellos emprendieron los colonizadores europeos, dedicados a la ganadería y a la agricultura.

A veces los escasos sobrevivientes de esas tribus cazadoras casi totalmente destruidas encontraban trabajo entre los colonos blancos, ya como guardianes del ganado o de los campos, ya como sirvientes domésticos de baja categoría. En el África sudoccidental algunas tribus de bosquimanos, pero sobre todo los bergdama, arrastran una penosa vida de peones, que en muchos respectos se parece a la que llevan en la zona agrícola de Australia los indígenas sobrevivientes. En esa zona australiana los primeros colonos blancos tomaron frecuentemente a las mujeres indígenas de concubinas, originando así una población mestiza, que en cierto sentido ha permitido la supervivencia de la raza aborígen, a pesar de los estragos causados por las enfermedades venéreas, por otras

enfermedades contagiosas, por el alcoholismo y por la miseria general. Únicamente en las zonas que bordean el territorio ocupado por los blancos han podido algunas tribus australianas mantener sus admirables sistemas religiosos y sociales. Sólo de vez en cuando se ponen estos indígenas en contacto con los pobladores blancos, para procurarse tabaco u otros productos a cambio de trabajos a jornal. Pero también ellos van sucumbiendo lentamente al avance de los blancos.

En las estepas de la América del Norte y del Sur tuvo lugar, antes de la expulsión y del exterminio de la población indígena, un curioso cambio cultural: ciertas tribus que antes de llegar los europeos llevaban una existencia de cazadores y recolectores, lo mismo que de agricultores primitivos, se convirtieron gracias a la adopción del caballo en pueblos culturalmente muy distintos, que en las praderas norteamericanas vivían de la caza de bisontes y en las pampas sudamericanas sobre todo de la cría de ganado vacuno. Estas culturas indias de jinetes, que para muchos europeos llegaron a forjar la imagen por excelencia del indio americano, tienen de hecho muy poco en común con el tipo de vida original de los indios. Los caballos y las armas de fuego importados dieron a los indios la posibilidad de oponer tenaz resistencia a los colonizadores europeos, resistencia que sólo pudo romperse después de seculares y crueles luchas. Los restos de muchas tribus norteamericanas, condenados a vegetar en medio de circunstancias miserables, fueron llevados a la fuerza a las reservas, donde sólo en nuestros días, y gracias a ciertas medidas de protección tomadas por el gobierno, comienzan a reponerse y a aumentar en número.

Entre los pueblos pescadores de la costa noroccidental de Norteamérica la costumbre europea de almacenar bienes que sobrepasan las necesidades del momento se encontró con una peculiar actitud de aceptación, gracias a la cual estas culturas indias no fueron radicalmente transformadas desde un principio. Por lo contrario, la importación de mercancías europeas, adquiridas a cambio de abundantes provisiones de pescado ejerció durante décadas un

influjo extraordinariamente estimulante sobre el desarrollo y aun el perfeccionamiento de varios rasgos culturales de esos indígenas. Pero al mismo tiempo se inició una poderosa disminución de la población, debido a enfermedades traídas de fuera, al alcoholismo y a otras causas. Algunos de los indios sobrevivientes han logrado hoy una posición económica muy desahogada, en virtud de la intensificación de la pesca con métodos europeos.

Pero una tan lograda adaptación a las circunstancias europeas debe considerarse una excepción entre los pueblos cazadores y recolectores. Si en la zona ártica y subártica fue frecuente que los blancos se adaptaran al modo de vida de los aborígenes, aunque amenazando al mismo tiempo la base de su existencia con la manzanza de la caza, en otras zonas marginales del mundo los cazadores trataron más bien de sustraerse a los europeos y a sus influencias. Los cazadores que habitaban tierras cultivables fueron, en cambio, expulsados o aun exterminados.

Manifestaciones análogas a las observables en los pueblos cuya economía se basa únicamente en la caza y la recolección se produjeron, a raíz del encuentro con los europeos, entre los pueblos nómadas dedicados al pastoreo. En las regiones apropiadas para la colonización rural surgieron continuas luchas por la posesión de las tierras, utilizadas sobre todo para la cría de ganado, tanto por los inmigrantes como por la población indígena (aunque ésta también se servía de ellas para el cultivo). El avance de los europeos provocó casi siempre entre los pastores nómadas, belicosos por naturaleza, una resistencia más violenta y eficaz que la que pudieron oponer los pueblos cazadores, a menudo tímidos y numéricamente débiles. Bastará recordar los repetidos levantamientos de los hereros en el Sudoeste de África, todavía a fines del siglo pasado, o la resistencia opuesta por los hotentotes, que acabaron por disolverse parcialmente en una población mestiza, o las luchas con los pastores de reses en el África sudoriental y oriental, o la sujeción de los pastores de caballos y camellos en el Sur de Siberia, en Kazajia y en las regiones montañosas de Asia, o tam-

bién. hasta cierto punto, los sangrientos encuentros con los ya mencionados pueblos de jinetes, recién surgidos, de las pampas y praderas americanas.

En cambio, las tribus pastoras que ocupaban zonas no apropiadas para la colonización europea han podido mantener con bastante independencia su tipo de vida tradicional hasta el día de hoy. Así, los tuareg y otros pueblos pastores del Sahara, varias tribus beduinas de la Península Arábiga (que, por otra parte, recibieron una influencia islámica más o menos poderosa), los kirguises y otros pueblos pastores del Asia central y septentrional, que hoy, es verdad, están expuestos a intentos de organizarlos en koljoses y de hacerlos sedentarios. Entre las reliquias de la cultura nómada pastoril están también los lapones del Norte de Europa, dedicados a la cría de renos; desde hace siglos están en retirada frente a los colonos campesinos de las altas culturas (que penetran cada vez más al Norte) y a veces acaban por asimilarse a ellos. Mucho después de ser cristianizados, los lapones, así como las tribus de cazadores y de pastores de renos del Asia septentrional, conservaban todavía importantes restos de una antiquísima religión chamanista de pueblos cazadores. También en el Este de África los masais y otras tribus de pastores de reses mantuvieron su forma de vida tradicional mucho más tiempo que las tribus vecinas, dedicadas a la agricultura. La colonización europea puso fin a sus correrías y a sus campañas guerreras; a consecuencia de ello sus rebaños, que ellos mantienen como señal de riqueza, que rara vez utilizan para fines económicos y que se resisten a sacrificar, se multiplicaron demasiado en un territorio limitado, conduciendo a la destrucción de las tierras y causando otros inconvenientes. A pesar de ello, esos pueblos pastores por lo general sólo se separaban de sus rebaños y de sus formas tradicionales de vida en situaciones de extrema necesidad. Un caso especial lo constituyeron, aun después de la colonización, las tribus pastoras que crearon estados en época pre-europea; de ellas nos ocuparemos más adelante.

En todos los lugares de la tierra las tribus agricultoras recibie-

ron mucho más poderosamente que los pueblos de cazadores y de pastores la influencia de los blancos y fueron integradas más radicalmente de uno u otro modo, al sistema económico europeo. Es verdad, sin embargo, que muchos pueblos agrícolas del interior de las zonas tropicales de África, de la India, Indonesia, Nueva Guinea, Melanesia y Sudamérica se mantuvieron durante siglos al margen del dominio político directo de los europeos. Estos pueblos vivían a menudo muy lejos de las vías de comunicación y de las poblaciones de los blancos, y aun cuando poseían ciertas mercancías europeas, llevadas a las aldeas más remotas por ocasionales contactos mercantiles, mucho antes de que un europeo se aventurara hasta ellas, esto por lo pronto alteró en poco el tipo de vida de tales pueblos. En regiones apartadas de esos continentes han seguido existiendo hasta nuestros días usos tan horripilantes para los europeos como la vendetta y el canibalismo. Aún más, hace apenas una década que se descubrieron por vía aérea, tribus que habitan el interior de Nueva Guinea y de las cuales nadie hasta entonces había tenido noticia. Precisamente en esas regiones que por su clima son a menudo difícilmente soportables para los europeos es donde las misiones cristianas allanaron el camino para una verdadera penetración política y colonizadora.

Por otra parte, los pueblos agrícolas que habitaban regiones remotas fueron muchas veces víctima de individuos codiciosos, que los explotaron tanto más despiadadamente cuanto que no estaban sujetos a vigilancia; así ocurrió por ejemplo en Sudamérica y en el África Central durante el auge de la explotación del caucho, a fines del siglo pasado y comienzos del actual. Pero nada afectó más hondamente las condiciones de vida de los pueblos agrícolas de ultramar que la trata de esclavos. Durante siglos la población del África tropical estuvo expuesta a esa sangría, después de que los indios de muchas islas de las Indias Occidentales y de las zonas costeras de la parte tropical de Sudamérica habían sucumbido como esclavos en epidemias de suicidio o habían huído al interior del país. Como ya se ha dicho, la colonización basada

en plantaciones sólo fue posible en el Nuevo Mundo, desde el Sur de lo que hoy son los Estados Unidos hasta el Brasil, con la importación de trabajadores africanos. Al comienzo de la etapa de colonización los portugueses se aseguraron el monopolio del comercio negrero estableciendo muchas factorías en la costa occidental de África. En un principio ese monopolio fue roto repetidas veces por ciudadanos de otras potencias coloniales, que practicaban el contrabando de esclavos; tras el ocaso del dominio marítimo portugués, los demás estados de Europa participaron también en el lucrativo negocio, a veces a base de un contrato legal, el asiento. Al mismo tiempo, los mercaderes árabes se procuraban esclavos en el Norte y el Este del continente africano.

Sólo podemos darnos una idea imperfecta de las consecuencias que el comercio de esclavos tuvo para la población negra del África misma. Extensos territorios del interior del África occidental fueron desolados por la saca de esclavos, en el cual participaron con sus guerras los jefes africanos de los imperios costeros. Debido a esto se recrudecieron también las pugnas sangrientas entre los distintos pueblos africanos. El sufrimiento y la miseria que la esclavitud trajo a los individuos y a las familias afectados por ella quedan ocultos en la oscuridad de una historia trágica que nos es desconocida.

Tampoco tenemos precisiones acerca de las proporciones que tomaron los cargamentos humanos transportados desde África, pero es probable que en el curso de los tres siglos que duró el comercio negrero, y limitándonos sólo a América, el número fuera de varios millones. Sólo en el territorio de los Estados Unidos los descendientes de los esclavos negros constituyen hoy el diez por ciento de la población total (cerca de 15 millones); en el Brasil llegan al treinta por ciento de los habitantes (incluyendo a los mestizos), y en las Antillas y las Bermudas, al sesenta y setenta por ciento. En total, la población negra actual de ambas Américas consiste aproximadamente en treinta y tres y medio millones de hombres. Así, la expansión europea no sólo condujo a la colo-

nización de extensos territorios por hombres blancos, sino que además tuvo por consecuencia una forzada transmigración de negros, provenientes sobre todo de las culturas agrícolas africanas.

A pesar de las duras condiciones bajo las cuales vivían en Norteamérica, los negros lograron mantenerse en pie y acabaron por adoptar la civilización de los blancos, en la medida en que éstos no se lo impedían. En esta región los negros abandonaron casi por completo la cultura de sus antepasados; se conservaron algunas reliquias en su vida religiosa, sobre todo en la música religiosa (“spirituals”), que ejercería una poderosa influencia sobre la vida musical de los blancos. En Centro y Sudamérica los negros han mantenido en algunos lugares muchísimos más elementos de su herencia cultural africana, hasta el punto de que puede llegar a saberse a qué tribu pertenecían sus antepasados. Sobre todo en el terreno religioso y en el folklórico (cuentos, leyendas, canciones, prácticas medicinales, etc.) sobreviven muchos rasgos africanos, en parte mezclados curiosamente con conceptos y ritos cristianos.

Hacia fines del siglo XVIII se iniciaron en Inglaterra y Francia, bajo la presión de las fuerzas cristianas y de la Ilustración, movimientos que lucharon por abolir la esclavitud, movimientos a los cuales sobre todo la ideología de la Revolución francesa dio impulso suficiente para oponerse a la resistencia de los dueños de plantaciones. La misma oposición tomaría más tarde un carácter violento en la Guerra de secesión (1861-1865) y ha dejado hasta hoy hondas huellas en los Estados Unidos. En Haití los negros lograron su libertad e independencia primero en 1793 y luego definitivamente en 1825 (en 1795 expidió la Convención francesa un decreto para abolir la esclavitud y para unir a la madre patria a las colonias, que tenían los mismos derechos; este decreto fue derogado temporalmente por Napoleón). Con el apoyo de ciertas sociedades filantrópicas se trató después de dar a los esclavos negros que habían huído o que habían sido liberados una nueva patria en África (sobre todo en Sierra Leona y en Liberia, fun-

dada en 1848) y darles la autonomía política. Pero como para esos negros las condiciones de vida africanas eran ya, desde hacía mucho, cosa extraña, tales medidas tuvieron escaso éxito. Por lo menos sirvieron para conceder a los africanos el derecho de configurar su propia vida política, y esta idea se fue imponiendo, en distintas formas, entre las potencias coloniales.

La abolición de la esclavitud no significó necesariamente que la relación de dependencia económica y social respecto de los blancos pesara menos sobre la población negra. La pobreza y la miseria eran el destino de los trabajadores desposeídos cuando se les cesaba de un trabajo “libre”, sin que pudieran ya regresar a su antigua vida tribal. En América, y últimamente también en extensas zonas del África negra, la industrialización añadió a la masa desposeída de campesinos un proletariado urbano, que sobre todo en África pone a las potencias coloniales frente a problemas sociales no menos arduos que los que se plantearon en los comienzos del capitalismo europeo. Baste hacer notar que el abandono de los campos por los hombres y su traslado a los centros industriales suele condenar a los que se quedan en las aldeas (mujeres, niños y ancianos) a una miseria que es peor que la de los obreros industriales, separados de sus antiguos lazos sociales. La situación se ve agudizada por la inmigración desde los países asiáticos sobrepoblados (la India, China, Japón y otros). Esos inmigrantes poseen en general más capacidad profesional que los aborígenes, impiden su ascenso a puestos superiores —que, aunque subordinados, son al menos económicamente independientes— y aun los dominan.

A pesar de todo habrá que decir que los pueblos de cultura agrícola no sólo sobrevivieron al ataque de los conquistadores europeos, con sus innumerables influencias destructoras, sino que después de prolongadas crisis de transición, se adaptaron, mejor que ningún otro tipo de “pueblo en estado natural”, a las nuevas condiciones y hoy se afanan en muchos lugares de la tierra por conquistar la independencia política y por encontrar formas de vida independientes.

Y no sería adecuado decir que todos los pueblos agrícolas se sometieron de buena gana a los europeos y se dejaron esclavizar por ellos. Los europeos tuvieron que cuidarse largo tiempo de los belicosos indios caribes (de los cuales derivó Colón la palabra *caníbales*) que habitaban las Pequeñas Antillas y la parte nor-oriental de Sudamérica, y en el Sur de la zona andina los españoles sostuvieron encarnizadas luchas fronterizas contra los araucanos, cuya pacificación sólo se logró hacia fines del siglo pasado. Recordemos también las luchas sostenidas con o contra los iroqueses y otros pueblos agrícolas del Este y Sudeste del continente norteamericano, pueblos que los europeos reconocieron como “naciones” independientes. En las zonas que quedaban al margen de las influencias culturales europeas fue precisamente donde los pueblos agrícolas resistieron más tiempo al avance de los colonizadores.

Uno de los motivos por los cuales en África fue más fácil que en otras partes convertir a grandes masas de agricultores en esclavos podría ser la circunstancia de que esa población vivía en su mayor parte bajo el dominio o la influencia de déspotas africanos, que ya antes de llegar los europeos tenían esclavos. En el África negra los tipos de gobierno del Sudán y de Nueva Rodesia (pertenecientes a la especie de las tempranas “altas culturas”) surgieron posiblemente por la irradiación de influencias egipcias antiguas, mediterráneas e islámicas. Por lo menos su organización política —reyes divinizados y un desarrollado ceremonial cortesano, sociedad dividida en estados y “división del trabajo en el poder público” (Trimborn), feudalismo y burocracia— y sus tendencias expansivas, a menudo muy marcadas, tienen muchos parecidos con los sistemas estatales de las altas culturas antiguas y medievales del ámbito mediterráneo. Así, los mandatarios de los imperios africanos y los señores feudales subordinados a ellos pudieron ponerse a la par de los primeros colonizadores, a pesar de su inferioridad técnica y cultural e hicieron a menudo —sobre todo después de ser cristianizados— el papel de intermediarios en el tráfico de esclavos.

vos, el cual después tomó enormes proporciones gracias a la creciente demanda.

Hacia fines del siglo XIX el interior de África pasó a poder de las potencias coloniales sin mayores dificultades y con gran rapidez, por el mismo hecho de que en esos territorios los europeos encontraron abundantes cabecillas indígenas con los cuales podían tratar como con iguales y hacer diversos tipos de convenios de protección. De hecho se trataba en estos casos de anexiones, detrás de las cuales estaban la superioridad de los armamentos y la habilidad política de los europeos. Si un jefe indígena trataba de oponerse a las exigencias de dominio de los europeos, éstos tarde o temprano lo vencían por la fuerza; tal ocurrió por ejemplo en las guerras con los zulúes en el Sur de África. Aun así, muchos pueblos africanos lograron conservar, dentro de sus protectorados, una cierta medida de independencia en sus asuntos de política interna.

Fueron los ingleses los que, en las últimas décadas, supieron aprovecharse con más habilidad de los cabecillas africanos, dejando a esos cabecillas o a otros nuevos, nombrados *ad hoc*, la regulación de los asuntos internos de la tribu. A la vez, en este sistema del “indirect rule”, ya mencionado, los cabecillas solían ser dóciles receptores de órdenes dictadas por la potencia colonial. Bajo la dirección y la vigilancia de los europeos, las viejas autoridades tribales se han encargado en muchos casos de transformar los modos de vida de la población que tienen a su cargo y de adaptarlos a las circunstancias europeas. Pero no han faltado jefes conservadores, empeñados en mantener sus privilegios y sus intereses; hoy en día se ven combatidos por intelectuales educados en Europa, afanosos de un progreso más rápido y animados por un deseo “nacionalista” de emanciparse lo mismo de la tutela europea que del antiguo y anticuado sistema social.

Bajo la dirección de estos jóvenes intelectuales, que en parte descenden de las viejas familias de jefes, se resuelven hoy en el África oriental los conflictos con los colonos europeos en torno a

las tierras que ambas partes reclaman como suyas, y en el África occidental se están formando ya nuevos estados, gobernados por negros. Aquí y allá los pobladores autóctonos están cultivando productos del mercado mundial (café, algodón, cacao, cacahuates), que elaboran en fábricas nacionales, y gracias a ello han logrado dar una base económica a sus esfuerzos de emancipación, no sin enfrentarse a menudo a la tenaz competencia de los colonos blancos.

En los territorios de Oceanía que tenían una alta cultura de tipo arcaico (Micronesia y Polinesia) las relaciones entre europeos e indígenas se desarrollaron de manera análoga a las de las zonas culturalmente equivalentes de África. Después de un período inicial de luchas y confusiones políticas y después de una alarmante mengua de la población por enfermedades importadas y por mutuos estragos, comenzó una etapa en que se afianzó la situación y se logró un equilibrio cultural entre las formas de vida tradicionales y las innovaciones europeas.

Por otra parte, precisamente en ese disperso mundo de islas que es Oceanía hubo diferencias muy notables en el desarrollo. Los habitantes de la lejana Isla de Pascua, famosa por sus esculturas, sufrieron mucho bajo el dominio de los blancos. Gran número de isleños, hechos esclavos, perecieron en las islas peruanas del guano; los que regresaron, llevaron las viruelas, que en poco tiempo exterminaron casi totalmente a la población de la Isla. En Nueva Zelandia hubo en el siglo pasado guerras tremendamente sangrientas contra los intrusos blancos, que se prolongaron por décadas. Hoy en día los maoríes tienen la misma posición social y los mismos derechos que los colonos blancos; entre otras cosas pueden enviar sus propios representantes al Parlamento de Nueva Zelandia. De la población maorí han salido muchos juristas, médicos y científicos. En las islas Tonga existe hoy, como protectorado británico, un reino casi independiente, dentro del cual los habitantes polinesios, dirigidos por descendientes de la antigua nobleza, han logrado enlazar de manera muy armoniosa la cultura aborigen con numerosas innovaciones europeas. Gracias al cultivo de

la copra, los tonganos han logrado acceso a los productos del mercado mundial, sin tener que renunciar a su antigua economía agrícola. La situación es parecida en las Samoa, aunque allá los habitantes tuvieron que luchar, después de la Primera Guerra Mundial, para que se reconociera su viejo sistema patriarcal-democrático. Las Islas Hawaii gozaron de independencia política hasta 1897, año en que fueron anexadas a los Estados Unidos. En nuestros días la población polinesia es ahí muy inferior en número a la europea y asiática y se ha mezclado mucho con ambas. También la población aborigen de las islas Fidji y de Tahití es escasa en comparación con la constituida por inmigrantes de la India, China, Japón y otros países del Asia Oriental; en contraste con lo ocurrido en muchas regiones de África, de Melanesia y de Sudamérica, los polinesios de todas las clases sociales, dedicados a una agricultura independiente, no estuvieron dispuestos a trabajar en granjas de tipo europeo.

Los pueblos de África y de Oceanía que habían llegado a una alta cultura de tipo arcaico se adaptaron con relativa facilidad a las aspiraciones colonizadoras de los europeos, porque la estructura de su cultura y de su sociedad se parece, en ciertos rasgos esenciales, a la de los pueblos europeos. Ambos grupos culturales descienden de una capa de agricultores, que fue formada políticamente por aristocracias pastoriles o navegantes. Por supuesto, el desarrollo cultural, en el sentido de la diferenciación y la acumulación de bienes culturales, fue mucho más lejos entre los pueblos europeos que en aquellas tempranas altas culturas dominadoras, carentes de escritura; la superioridad técnica de los armamentos y de las comunicaciones fue sobre todo lo que permitió a los europeos dominar a aquellos pueblos, como a todos los pueblos de ultramar. A ello contribuyó además otra circunstancia, quizá aún más importante: exceptuando unos cuantos casos (el Imperio otomano, China, Japón), no había en todo el mundo de ultramar ni una sola gran potencia unitaria, ningún estado que pudiera oponer a la expansión europea recursos concentrados.

También en las zonas de altas culturas plenamente desarrolladas pudieron los europeos afianzar su dominio, destruyendo toda concentración de poder que pudiera ser peligrosa y aprovechándose de las rivalidades existentes entre los diversos gobernantes del país. *Divide et impera*: tal fue el principio adoptado por los españoles, muy inferiores en número, en la conquista de los antiguos imperios culturales americanos. Sin la ayuda que algunas ciudades-estados les prestaron en su lucha contra otras, los españoles no hubieran podido someter a México, y en la conquista del imperio incaico vino en su auxilio la pugna entre los hijos de Huaina Capac. Así lograron los españoles desposeer o exterminar sangrientamente a la antigua capa señorial india y ocupar su lugar, viviendo, en muchas ciudades de reciente fundación, del trabajo minero y agrícola de las poblaciones indias. La nueva casta señorial se mezcló en gran parte con la población aborigen, y a pesar de que mantuvieron una distancia social entre ambas razas, los indios y los mestizos logran cada vez más influir de nuevo en el destino de sus países. En México el movimiento “indigenista” busca deliberadamente un entronque con la antigua herencia cultural india.

De manera análoga en muchos sentidos se realizó la conquista de las islas indonesias por portugueses y holandeses. En las Molucas, Java y otras islas, ambas potencias —que a veces lucharon una contra la otra— se aprovecharon de las pugnas entre los soberanos aborígenes para afianzar su propio poder. Los reyes sometidos se convirtieron en tributarios y proveían a los europeos de especias, las cuales constituían en un principio la principal riqueza de Indonesia, como los metales preciosos la de América. Para asegurar su monopolio, los holandeses hicieron talar los bosques de especias en muchas islas, condenando a la población campesina a la mayor pobreza. Sólo la introducción de la economía agrícola a comienzos del siglo XVIII mejoró en algo las condiciones, pero hace apenas unos cuantos años que la lucha por la independencia se ha visto coronada por el éxito.

La India presenta un cuadro parecido. En su conquista las diversas potencias coloniales aprovecharon, desde un principio, las rivalidades existentes entre los reyes aborígenes, lo mismo que las que dividían a los hindúes de los mahometanos. Las compañías mercantiles realizaban sus negocios con los soberanos mismos, y también la influencia cultural se limitó, hasta la época del imperio británico, a un pequeño estrato superior. Después de lograda la independencia, una capa de intelectuales, totalmente educados en la cultura occidental, se esfuerza hoy por dar un carácter moderno al subcontinente indio; para ello no sólo tienen que resolver tremendos problemas económicos, sino que también deben luchar contra muchas tradiciones bien arraigadas de la antigua alta cultura india y sobre todo contra la actitud conservadora de la población rural, en gran parte muy primitiva.

Los dos grandes imperios del Asia oriental, Japón y China, opusieron a la penetración europea una eficaz oposición. Durante siglos la expansión europea tuvo que detenerse ante estas dos potencias. Sobre todo China logró imponerse, como portadora de un concepto propio acerca del imperio universal, contra el avance ruso desde el Norte y el Occidente, lo mismo que contra las potencias coloniales navegantes. Algunas compañías consiguieron el permiso de comerciar en unos cuantos puertos de China y del Japón, pero tuvieron que enfrentarse a grandes dificultades. Los intentos de los misioneros cristianos de sentar pie en el interior de estos reinos fracasaron repetidas veces. Sólo a mediados del siglo pasado los esfuerzos bélicos aunados de todas las grandes potencias coloniales europeas y de los Estados Unidos lograron abrir al comercio y tráfico europeos y a la actividad misionera los reinos de China y del Japón.

Conservando su orden social centralizador, los japoneses se apropiaron en pocas décadas de la civilización y la técnica europeas, y ya a comienzos de este siglo lograron imponerse contra Rusia, para después realizar sus propias aspiraciones colonizadoras en el Lejano Oriente. Aun cuando la expansión japonesa fracasó

ante la resistencia de las potencias occidentales, que acabaron por oponerle las primeras bombas atómicas, el ejemplo de los japoneses ha mostrado al resto del mundo, por vez primera, que el dominio autocrático de las potencias europeas sobre toda la tierra no era insuperable. Hacia fines del siglo pasado se iniciaron en China procesos análogos a los del Japón; en nuestros días China adopta de Rusia la civilización y la técnica occidentales.

Las antiguas altas culturas del Oriente señalaron un límite a la expansión europea, sin que ésta pudiera franquearlo más que en contadas ocasiones y temporalmente. Ellas son hoy las principales promotoras de las aspiraciones emancipadoras de los pueblos de color en todo el mundo. La disgregación y falta de unidad de esos pueblos hizo posible, más que otros factores, la expansión del dominio mundial europeo, y éste acabó por fracasar debido a la disgregación y falta de unidad de los pueblos europeos: las luchas que sostenían unos contra otros echaron por tierra la supremacía europea en el mundo. A partir del momento en que la América del Norte y la del Sur se desprendieron de sus metrópolis, el camino de los pueblos de ultramar hacia su liberación del dominio europeo había quedado abierto, y el proceso continúa sin cesar.

Un estudio verdaderamente histórico de esos pueblos no debe desinteresarse de ellos en el momento en que sucumben a la dominación europea. Esa "época colonial" no sólo llevó a los llamados "salvajes" los tan mentados "beneficios de la civilización", sino también mucha miseria, miseria que apenas alcanza a encubrir la elevada pretensión europea de superioridad cultural. En la medida en que los pueblos de ultramar sobrevivieron al ataque de los europeos y a la destrucción de su vida cultural y social, se adaptaron a las nuevas circunstancias con mayor o menor éxito. Este proceso, que a menudo se llevó a cabo en medio de las condiciones más difíciles, descansa en las "convergencias" o "ideas elementales" (Bastian) que se encuentran en todos los pueblos, descansa en el hecho de que, como ha dicho Trimborn, "lo humano es igual en el fondo primordial de todas las culturas".

INDICE ANALITICO

- Abolición de la esclavitud: 35 36
Afganistán: 18
África: 8 9 14 15 16 27 29 31 32 33 34
36 37 38 39 40
África, europeización de los nativos: 16
África central, pigmeos del: 26 27
África del Sur y Suroeste, poblaciones
mestizas: 24
África occidental, nuevos estados: 39
Alaska: 27 28
Alejandro, imperio de: 6
Aleutianas, compañía mercantil ruso-ame-
ricana en las: 28
Altas culturas africanas, características de
las: 37
América, industrialización: 36
América, cambios en la vida de los na-
tivos al contacto europeo: 22
América, europeización de los nativos: 16
América, independencia de las colonias
de: 43
América, metales preciosos de: 41
América, origen de los habitantes de: 20
América, regiones tropicales: 15
América del Norte, estepas de la: 30
América del Norte, normandos en: 6
América del Sur, estepas de la: 30
Américas, población negra de las: 34
Antillas: 34 37
Antillas, indios belicosos de las Peque-
ñas: 37
Asia, altas culturas de: 20
Asia, pueblos enanos de: 27
Asia, regiones montañosas de: 31
Asia, repúblicas del: 18
Asia central, pueblos turcos en el: 7
Asia central y septentrional, pueblos pas-
tores del: 32
Asia septentrional, cristianización de ca-
zadores y de pastores del: 7
Asia oriental: 40 42
Asirios: 6
Australia: 16 29
Babilonios: 6
BASTIAN: 43
Bermudas: 34
Biblia, traducciones de la: 12
Bosquimanos: 27 29
Boyl (fraile benedictino): 10
Brasil: 34
California, jesuitas en: 16
Camitas, expansión en África sudorien-
tal: 7
Canadá, colonización rural: 15
Canadá, comercio de pieles en el nor-
te del: 28
Canadá, misioneros cristianos: 28
Caribes: 37
Cathay, comercio con: 8
Centroamérica, cultura de los negros en:
35
Cercano Oriente: 6
Colón, Cristóbal: 10 20 37
Colonización, concepto europeo de: 26
Colonizadores en África: 37 38
Colonizadores europeos, motivaciones eco-
nómicas: 9
Comunismo, influencia en pueblos colo-
niales: 13
Commonwealth británico: 18
Congo, minería europea en el: 15
Convención francesa: 35
Cretenses, colonias en el Mediterráneo: 6
Culturas "primitivas": 12

China: 40 42 43
China, actividad misionera en la: 42
China, avance ruso desde el norte y el
occidente: 42
China, colonización: 14 42
China, comercio con puertos de: 42
China, emigrantes de: 36 40
China, frontera: 18

Egipcias, influencias en las altas culturas
africanas: 37
Era de los descubrimientos: 11
Esclavos: 14
Esclavos, intermediarios en el comercio
de: 37
Españoles, conquistadores en el Nuevo
Mundo: 14 15 20
Españoles, triunfo sobre los árabes: 8
Estados Unidos: 34 35 42
Estados Unidos, colonización rural: 15
Esquimales: 27 28
Europa, concepto histórico de: 20
Europa, convivencia de los pueblos de:
19
Europa, dominio sobre el mundo: 12 20
43
Europa, emigrantes de los países septen-
trionales de: 16
Europa, encuentro con los pueblos de
ultramar: 19 26
Europa expansión y sus repercusiones:
18 21 23 28 35
Europa, expansión y su influencia radi-
cal en las regiones de Ultramar: 21
22 30
Europa, ideologías nacionalistas: 11
Europa, incursiones mongólicas en: 7
Europa, invasiones germánicas a: 6
Europa occidental, aislamiento de: 7
Europa, productos: 9
Europa, progreso técnico y económico: 13
Europa, pueblos cristianos de: 7
Evangelio: 10 23

Fenicios, colonias de los: 6
Fidji, islas: 40
Francia, movimientos abolicionistas: 35

Francia, posesiones de ultramar: 17
FRIEDERICI: 15

Guerra santa de la Cristiandad contra el
Islam: 8
Guerra de Secesión: 35
Griegos, colonias de los: 6
Groenlandia: 27
Groenlandia, normandos en: 6

Haití, libertad de los negros: 35
Hawai, islas: 40
Hawai, población mestiza de: 24
HEGEL: 21
HERDER: 21
Hereros, levantamiento de los: 31
Hititas: 6
Holandeses, conquista de los: 41
Huaina Capac: 41

Iberoamérica, colonización urbana: 15
Iberoamérica, población mestiza de: 24
Iberoamérica, regiones tropicales y hú-
medas: 24
Ilustración: 21 35
Imperio incaico, conquista del: 41
Imperio romano: 6
Imperio otomano: 40
India, antes de 1947: 18
India, colonización: 14 42
India, comercio con la: 8
India, emigrantes de la: 36 40
India, zonas tropicales de la: 33
Indias, expansión ibérica hacia las: 6
Indias Occidentales, indios de las islas
de las: 33
Indígenas americanos, transformación es-
piritual al contacto con Europa: 22
Indio americano, adopción del caballo y
el cambio del: 30
Indonesia: 7 33
Indonesia, especias de: 41
Influencias islámicas en las altas cultu-
ras africanas: 37
Influencias mediterráneas en altas cul-
turas africanas: 37

- Inglaterra, movimientos abolicionistas: 35
 Iroqueses: 37
 Islam, lucha contra el: 10
 Islam, esfera de influencia: 7
 Islas del Pacífico: 18
 Islas indonesias, conquista: 41
 Islandia, normandos en: 6
 Israel, tribus perdidas: 20
- Japón: 40 42
 Japón, actividad misionera en el: 42
 Japón, colonización del: 14 42
 Japón, comercio con puertos del: 42
 Japón, emigrantes del: 36 40
 Jesuitas, estados misioneros en zonas fronterizas: 16
- Kalahari, desierto de: 27
 KANT: 21
 Kamchatka, aborígenes de: 28
 Kazajía: 31
 KERM, FRITZ: 5 9
 Kirguises: 32
- LAFTAU: 21
 LAS CASAS, BARTOLOMÉ DE: 10
 Laponia: 27
 Laponos del norte de Europa: 32
 Liberia: 35
- MAGALLANES: 20
 Maoríes: 39
 Medos: 6
 Mediterráneo: 19
 Melanesia: 33 40
 México, ayuda de estados indígenas en la conquista de: 41
 México, forma de explotación española en: 15
 México, movimiento indigenista: 41
 Micronesia, alta cultura de tipo arcaico en: 39
 Misiones cristianas en regiones difícilmente soportables: 33
 Mongol, caída del dominio: 7
 Molucas: 41
- Nacionalismo, influencia en pueblos coloniales: 13
 NAPOLEÓN: 35
 Neolítico: 5
 Norteamérica, fuertes septentrionales de: 14
 Norteamérica, población india de: 16 30
 Norteamérica, aculturación de los negros: 35
 Nueva Guinea: 33
 Nuevo México, jesuitas en: 16
 Nuevo Mundo: 10 33
 Nuevo Mundo, llegada de barcos españoles al: 8
 Nueva Rodesia, gobierno de: 37
 Nueva Zelandia: 39
- Occidente, contacto con el Lejano Oriente: 7 42
 Oceanía: 18 39 40
 Oriente, altas culturas del: 43
 Oriente, comercio con: 19
 Ostros de Siberia: 14
- Pascua, isla de: 39
 Patagonia, cazadores de la: 29
 PAULO III: 12
 Península Arábiga: 32
 Península Ibérica: 7 8
 Persas: 6
 Persia: 18
 Plantaciones, colonización en regiones tropicales por medio de: 14
 Plantas americanas, su traslado a otras partes de la tierra: 22
 PLISCHKE, H.: 9
 Polinesia, alta cultura de tipo arcaico en: 39
 POLO, MARCO: 7
 Portugueses, triunfo sobre los árabes: 8
 Portugueses, conquistas de los: 41
 Potencias coloniales europeas: 23
 Primera Guerra Mundial: 40
 Pueblos de cazadores y recolectores, sustracción a influencia europea: 31
 Pueblos de cazadores y recolectores, su retiro a zonas marginales: 26

- Pueblos de cazadores de las selvas y estepas sudamericanas: 27
- Leyes de Indias, Recopilación de las: 17
- Región andina, forma de explotación española en la: 15
- Región del Plata, jesuitas en: 16
- Reino otomano, pueblos turco-tártaros del: 8
- Revolución Francesa, ideología de la: 35
- ROUSSEAU: 21
- VON RUBRUCK, WILHELM: 7
- RÜSTON, ALEXANDER: 5
- Rusia: 42 43
- Sahara, pueblos pastores del: 32
- Samoa, islas: 40
- SARGÓN DE AKKAD: 6
- SCHILLER: 21
- SCHMIDT, WILHELM: 5
- SCHWEITZER, ALBERT: 10
- Siberia: 16 18 27 28
- Siberia, sujeción de los pastores de caballos y camellos: 31
- Sierra Leona: 35
- SIEBER: 19
- Sudamérica: 40
- Sudamérica, cultura de los negros de: 35
- Sudamérica, explotación del caucho en: 15
- Sudamérica, indios belicosos de: 37
- Sudamérica, zonas tropicales de: 33
- Sudán, gobierno del: 37
- Tahití, islas: 40
- Tahití, población mestiza: 24
- Tasmania: 16
- THURNWALD, HILDE: 25
- THURNWALD, RICHARD: 5 25
- Tierar del Fuego, cazadores de la: 29
- TOLOMEO: 20
- Tonga, islas: 39
- TOSCANELLI: 20
- Países africanos, transformación de los: 38
- Tribus australianas: 30
- Tribus beduinas: 32
- Tribus cazadoras americanas: 28
- TRIMBORN: 7 37 43
- Tuareg: 32
- Unión Francesa, derechos de los aborígenes: 17
- Unión Soviética: 18
- Unión Sudafricana, minería europea en la: 15
- Viejo Mundo, conceptos históricos del: 20
- Visión universal de la historia, creación de la: 21
- WENJAMINOW, INNOKENTIJ: 10
- Westermann: 21
- WILHELMY: 15
- Zulúes, guerras con los: 38

ÍNDICE

1.	Visión histórico-cultural de la expansión europea	5
2.	Los motivos de la expansión europea	9
3.	Las formas de la expansión europea	13
4.	Consecuencias de la expansión europea para los pueblos europeos	18
5.	Consecuencias de la expansión europea para los pueblos de ultramar	21
	Índice analítico	45

Este número 59 de Jornadas se terminó de imprimir el día 30 de junio de 1966 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial, registro N° 86. Se imprimieron 1 000 ejemplares y la edición estuvo al cuidado de *Luis Muro Arias*, Secretario de Publicaciones de El Colegio de México. El índice analítico fue preparado por Josefina Zoraida de Knauth.

Nº

77

EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/no. 60/ej. 2



3 905 0014018 M

LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. JOSÉ MEDINA ECHEVERRÍA: *Prólogo al estudio de la guerra*. (Agotado)
2. TOMÁS SÁNCHEZ HERNÁNDEZ: *Los principios de la guerra*. (Agotado)
3. JORGE A. VIVÓ: *La Geopolítica*. (Agotado)
4. GILBERTO LOYO: *La presión demográfica*. (Agotado)
5. ANTONIO CASO: *Las causas humanas de la guerra*: JORGE ZALAMEA, *El hombre, naufrago del siglo xx*. (Agotado)
6. VICENTE HERRERO: *Los efectos sociales de la guerra*. (Agotado)
7. JOSUÉ SÁENZ: *Los efectos económicos de la guerra*. (Agotado)
8. MANUEL F. CHAVARRÍA: *La disponibilidad de materias primas*. (Agotado)
9. MANUEL M. PEDROSO: *La prevención de la guerra*.
10. D. COSÍO VILLEGAS, E. MARTÍNEZ ADAME, VÍCTOR L. URQUIDI, G. ROBLES, M. SÁNCHEZ SARTO, A. CARRILLO FLORES, JOSÉ E. ITURRIAGA: *La postguerra*. ALFONSO REYES, D. COSÍO VILLEGAS, J. MEDINA ECHAVARRÍA, E. MARTÍNEZ ADAME, VÍCTOR L. URQUIDI: *La nueva constelación internacional*. (Agotado)
11. RAÚL PREBISCH: *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países*. (Agotado)
12. JOSÉ GAOS: *El pensamiento hispanoamericano*. (Agotado)
13. RENATO DE MENDONÇA: *El Brasil en la América Latina*. (Agotado)
14. AGUSTÍN YÁÑEZ: *El contenido social de la literatura iberoamericana*. (Agotado)
15. JOSÉ E. ITURRIAGA: *El tirano en la América Latina*. (Agotado)
16. JAVIER MÁRQUEZ: *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*. (Agotado)
17. GONZALO ROBLES: *La industrialización en Iberoamérica, 1943*.
18. VICENTE HERRERO: *La organización constitucional en Iberoamérica, 1943*.
19. M. F. CHAVARRÍA, A. PAREJA DÍEZ-CANSECO, M. PICÓN-SALAS, J. A. PORTUONDO, L. ALBERTO SÁNCHEZ, J. VASCONCELOS, JORGE A. VIVÓ, J. XIRAU: *Integración política de América Latina*. A. CASTRO LEAL: *La política internacional de América Latina*. (Agotado)
20. FRANCISCO AYALA: *Ensayo sobre la libertad*. (Agotado)
21. J. A. PORTUONDO: *El contenido social de la literatura cubana*. (Agotado)
22. ANTONIO GARCÍA: *Régimen cooperativo y economía latinoamericana*. (Agotado)
23. JESÚS PRADOS ARRARTE: *El plan inglés para evitar el desempleo*. (Agotado)
24. FLORIÁN ZNANIECKI: *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones, 1944*.
25. RENATO TREVES, FRANCISCO AYALA: *Una noble experiencia política: España e Italia, 1944*.
26. JOHN B. CONDLIFFE: *La política económica exterior de Estados Unidos, 1945*.
27. A. CARNEIRO LEAO: *Pensamiento y acción, 1945*.
28. ANTONIO CARRILLO FLORES: *El nacionalismo de los países latinoamericanos en la postguerra*. (Agotado)
29. MOISÉS POBLETE TRONCOSO: *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile, 1945*.

30. JOSÉ MARÍA OTS CAPDEQUÍ: *El siglo xviii español en América*, 1945.
31. MEDARDO VITIER: *La lección de Varona*, 1945.
32. HOWARD BECKER y PHILIP FRÖHLICH: *Toynbee y la sociología sistemática*, 1945.
33. EMILIO WILLEMS: *El problema rural brasileño desde el punto de vista antropológico*, 1945.
34. EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING: *13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895*, 1945.
35. EUGENIO ÍMAZ: *Asedio a Dilthey. Un ensayo de interpretación*, 1945.
36. SILVIO ZAVALA: *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala*, 1945.
37. ROBERTN MAC-LEAN y ESTENÓS: *Racismo*, 1945.
38. ALFONSO REYES: *Tres puntos de exegética literaria*, 1945.
39. AGUSTÍN YÁÑEZ: *Fichas mexicanas*, 1945.
40. JOSÉ MIRANDA: *El método de la ciencia política*, 1945.
41. ROGER CAILLOIS: *Ensayo sobre el espíritu de las sectas*, 1945.
42. OTTO KIRCHHEIMER: *En busca de la soberanía*, 1945.
43. MANUEL CALVILLO: *Francisco Suárez. La filosofía jurídica. El derecho de propiedad*, 1945.
44. JUAN BERNALDO DE QUIRÓS: *El seguro social en Iberoamérica*, 1945.
45. ALEXANDER H. PEKELIS: *Una jurisprudencia del bien común. Posibilidades y limitaciones*, 1945.
46. JULIO LE RIVEREND: *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)*, 1945.
47. KINGSLEY DAVIS: *Reflexiones sobre las instituciones políticas*, 1945.
48. CARLOS QUINTANA, RAIMUNDO CUERVO, MARIO J. HOYO, MAX CAMIRO y JOSÉ DOMINGO LAVÍN: *Cuestiones industriales de México*, 1945.
49. JOSUÉ DE CASTRO: *Fisiología de los tabús*, 1945.
50. MAX AUB: *Discurso de la novela española contemporánea*, 1945.
51. LESLEY BYRD SIMPSON: *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador, con unas consideraciones sobre el estado actual de los estudios históricos*, por Ramón Iglesia, 1945.
52. LEOPOLDO ZEA: *En torno a una filosofía americana*, 1945.
53. JOSÉ FERRATER MORA: *Cuestiones españolas*, 1945.
54. LUIS A. SANTULLANO: *Miranda al Caribe. Fricción de culturas en Puerto Rico*, 1945.
55. MARCO ANTONIO DURÁN y JULIÁN RODRÍGUEZ ADAME: *Cuestiones agrarias de México*, 1945.
56. PATRICK ROMANELL: *La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico*, 1946.
57. JOSÉ MIRANDA: *Vitoria y los intereses de la conquista de América*, 1947.
58. FRANÇOIS BOURRICAUD: *Ideología y desarrollo. El caso del partido aprista peruano*, 1966.
59. BILLY F. COWART: *La obra educativa de Torres Bodet. En lo nacional y lo internacional*, 1966.
60. RÜDIGERT SCHOTT: *Consecuencias de la expansión europea para los pueblos de ultramar*, 1966.